

COMBATE DE

PERALONSO

FOR



LAUREANO GARCIA R.

*A autor le dedica este
a su compañero de armas el
Licandro Caballero de San Juan
carriño*

Laureano Garcia



MEDELLIN

Tipografía Mercantil.

1900

1293

3187 COMBATE DE

PERALONSO

POR

LAUREANO GARCIA R.



MEDELLIN

Tipografía Mercantil.

1900

COMBATE DE PERALONSO

POR

LAUREANO GARCÍA DE R.



Diciembre 14 de 1899.-- Atormentado, después de una marcha rápida de más de 200 leguas, y últimamente por movimientos ejecutados sin objeto, me encontré con el Batallón "Vencedor" que llevaba á mis órdenes desde Antioquia, en la hacienda de "La Siberia".

A la una a. m. del siguiente día oímos el primer toque de marcha en el Estado Mayor de la fuerza á que pertenecía mi Batallón ya nombrado. Repetido este toque en el nuestro y en los demás campamentos se dieron todos los pasos para estar listos y cumplir las órdenes superiores. Ninguna llegó y amanece.

Veo pasar al General J. Zuluaga y le pregunto: General ¿podré mandar matar una res para racionar? "Sí, me contestó, la marcha está demorada y no se hará sino cuando sepámos del enemigo que se fue del 'Tasajero'".

Quedé confundido haciéndome esta reflexión: ¿Cómo puede un Ejército que consta de más de 3,000 hombres, estando al frente de su adversario, moverse en un *callejón sin salida* y no saberse para dónde?

¡Lamentable era nuestra situación! Ya habíamos tenido la mala impresión de ver partir al General Casabianca, después de entregar el mando del Ejército al General Vicente Villamizar por orden de S. S.^a el Ministro de Guerra. Habíamos también presenciado algunas maniobras inconducentes, ordenadas por el venerable anciano que entró á suceder al viejo veterano, de las cuales podíamos juzgar cuál sería el resultado después de la contienda.

Llegan las 11 a. m. y con estas horas la orden de partir, y procedimos á hacerlo bajo un sol abrasador, en dirección al río Zulia y á paso de trote.

La sed nos atormenta hasta "El Rodeo", donde unas buenas mujeres, que adivinan nuestra necesidad, nos ofrecen sus cántaros provistos de agua para mitigarla.

Pocos momentos después y en orden ha desfogado la fuerza, cuando oigo el galope de una cabalgadura, vuelvo las riendas á la mía y reconozco en el jinete al Mayor Julio Isaza.

"General, me dice, que regresen al Salado pronto, porque el enemigo volvió á ocupar sus posiciones del 'Tasajero'".

¡Qué desconcierto! Mandé que el Corneta de órdenes tocara marchar á retaguardia. El Cuerpo obedece, no sin dejar de manifes-

tar algunos de sus miembros, con gestos, lo extraño del movimiento.

Marchámos en la dirección indicada por el Mayor Isaza, y eran las 7 p. m. cuando llegámos al Salado, recorriendo el mismo tortuoso camino que antes habíamos atravesado, y algo más.

Armámos nuestras toldas de campaña y pasámos la noche.

Diciembre 15.—Las bandas de guerra saludan con dianas el día cuando llega. El cielo está oscuro y llueve como para llorar las desgracias que se han de suceder en ese día y en los siguientes. El sol ha negado en éste los rayos con que suele dorar y embellecer las cordilleras que rodean á Sanjosé de Cúcuta. Todo está triste como pregonando un presagio funesto.

Estamos prevenidos para la marcha y á las 9 a. m., hora en que recibimos la orden, salimos á recorrer la misma vía del día anterior.

No era cierto que el enemigo hubiera vuelto al "Tasajero".

Acostumbrados á obedecer no nos quejábamos y nos pusimos en movimiento como máquinas á la voluntad del director.

Antes de llegar á "El Rodeo" fuimos alcanzados por el General en Jefe del Ejército de Santander y por su Estado Mayor. El General Manuel J. Santos me dijo: "General García, están peleando los Generales González Valencia y Zuluaga con el grueso del enemigo".

Le di las gracias por la noticia, pero sin creerla en parte, porque hacia diez minutos que había visto al General Zuluaga, y el enemigo estaba á tres leguas de distancia.

Estábamos desesperados pero resignados, y sólo la disciplina y el cumplimiento del deber nos hacían soportar tantas contrariedades.

Seguimos corriendo y vinimos á respirar al río Zulia, donde aguardámos á que pasaran los Batallones Córdoba y Arboleda para seguir el turno que nos correspondía. Pasámos con toda rapidez, y empleámos como cinco minutos para cargar treinta cargas de parque, y seguimos á todo correr.

Para estimular á los soldados á andar aprisa, les echámos encima á los que no lo hacían, la tacha de cobardes, puesto que estábamos cerca del enemigo con quien teníamos qué combatir. Heridos en su amor propio, todos aceleraban el paso, aunque estaban agobiados por el sueño, el cansancio y el hambre, enemigos suficientes para vencer un Ejército.

En "Cornejo" encontrámos á nuestro digno Jefe, el General Rubén Restrepo, quien nos ordenó que dejámos las cargas de equipajes y maletas de los soldados. Cumplimos lo ordenado y enarbolando la bandera que debíamos defender, después de dirigir á mis soldados algunas palabras de aliento, continuámos la marcha precipitada.

Principiaba la noche cuando llegámos al campo de batalla. Ocupar las posiciones que se nos designaron y ser saludados por una descarga de fusilería, todo fue uno. Una bala enemiga se llevó de paso las narices de uno de mis soldados: las demás nos respa-

ron. Siempre corteses con nuestros adversarios, correspondimos con galantería y en la misma forma aquel saludo.

Poco después cesó el fuego y quedámos en línea de batalla, donde cada oficial y cada individuo de tropa era un centinela sin relevo, en su puesto respectivo, apesar de las continuas faenas de los días anteriores.

Los Jefes recorremos el campo.

La noche avanza. El silencio es solamente interrumpido por algunos toques de atención y uno que otro disparo.

Nuestros contendores ocupan el lado izquierdo y nosotros el derecho del río Peralonso.

Diciembre 16.—Había pasado ya aquella noche abominable en la que á pie firme esperábamos órdenes que no llegaron; pues no sabíamos si debíamos atacar ó mantenernos simplemente á la defensiva absoluta con un enemigo que estaba á unos sesenta metros de nosotros.

¿ En qué forma debíamos continuar la batalla? ¿Cuál sería el papel que nos tocaría desempeñar en ella? ¿Qué batallones pelearían por el centro y por los flancos, caso que se fuera á evolucionar? ¿ Con qué señales de corneta debían reconocerse las fuerzas amigas? ¿ Con qué toques se debía pedir auxilio de gente y pertrechos en caso necesario? Nada de esto se sabía y era indispensable.

La aurora asoma en el Oriente. Salúdánla las aves con sus cantos y las cornetas de guerra con la diana. Son las cinco a. m. y antes que el sol ilumine el campo de batalla ya lo ha hecho la pólvora de nuestros fusiles.

Pero antes de seguir la narración, es preciso describir, siquiera á grandes rasgos, el teatro donde se iba á representar tan interesante como saugriento drama. Después diremos cómo desempeñé mi fuerza el papel que le tocó.

El campo está regado por las aguas del río Peralonso que lo recorre acelerado de Sur á Norte. Este río es atravesado por el puente de "La Laja", nombre con que se designa una hacienda situada á la izquierda de dicho río. Este es vadeable por escasos puntos. La fuerza de mi mando se halla situada detrás de unas tapias que le servían de trinchera, y debe cubrir el puente impidiendo que el enemigo pase por él á la margen derecha donde estamos nosotros. El terreno que nos queda á retaguardia es casi plano; pero á medida que se va alejando de nosotros principia á levantarse en pequeñas eminencias que van siendo más altas hasta dar con un elevado contrafuerte que viene de "La Amarilla", nombre de otra hacienda. Como queda dicho, el río divide nuestro campo del que ocupa el enemigo, quien despliega sus guerrillas sobre las colinas de "La Azulita", se fortifica en la casa y en el corral de piedra de "La Laja" y en otras eminencias que quedan á nuestra izquierda. Tanto de éstas como de las de "La Azulita" pueden dirigir contra nosotros, casi á mansalva, tiros certeros; pues solamente nos separan de ellas unas tres ó cuatro cuerdas y quedamos perfectamente dominados. El camino que une las casas de "La Laja" y

“La Amarilla”, sale de la primera en dirección casi recta hacia el puente, y de éste sigue á poca distancia del río y en dirección paralela á él hasta llegar á la última recorriendo como un cuarto de legua. Este camino queda en varios puntos expuesto á los fuegos del enemigo y dominado por ellos. Era por allí por donde nos podían venir los recursos que necesitáramos.

Antes de amanecer, como queda dicho, rompimos los fuegos que se sostuvieron nutridos hasta las cuatro p. m.

El grueso del Ejército enemigo hace esfuerzos violentos por romper y desbaratar la línea que nos corresponde, pero sus ataques son infructuosos. El Batallón “Vencedor” del Ejército de Antioquia, está allí y ha jurado vencer ó morir en el puesto que defiende, y no lo abandonará cobardemente mientras tenga una cápsula para disparar contra el enemigo.

Como á las ocho a. m. mi valeroso Capitán Ayudante Antonio J. Gómez cae atravesado por una bala, á tiempo que iba á comunicar una orden. Sintiendo moribundo grita: “Viva el Gran Partido Conservador”, y en seguida muere con ánimo sereno.

Feliz el que termina su vida empapada en su propia sangre, cumpliendo el sagrado juramento que hizo de defender una bandera gloriosa, ofrendándole á su causa todo cuanto tiene.

Acto continuo llamo al Teniente Publico Camacho para que vaya á transmitir la orden que llevaba Gómez. Camacho me mira, se sonríe, me abraza y obedece apesar del convencimiento de que iba á morir. Por fortuna no sucedió así: regresó ileso después de haber desempeñado cumplidamente su comisión.

Las nueve a. m. serían próximamente cuando caí yo al golpe de una bala que atravesó mi pierna derecha, á tiempo que el sombrero se me escapaba de la cabeza despedazado por varios proyectiles.

Cábeme la satisfacción de haber quedado, por la ayuda de Dios, con ánimo bastante para no abandonar mi puesto, y con fuerza de voluntad suficiente para poder ocultar á mis soldados la noticia de mi herida.

Son las diez a. m. y ninguna orden se me comunica. Muchos de mis compañeros han enrojecido el suelo con su sangre: algunos de éstos descansan para siempre de las fatigas de la vida, otros más desventurados sufren terribles dolores sin que haya quién pueda procurar mitigarlos.

La fuerza está agotada por los sufrimientos presentes y pasados. El sol es abrasador y la sed los devora de modo tan insoportable que hay quien trate de calmarla, en su desesperación, con hojas y otros bebiendo orines.

Pero Dios que acude en las mayores necesidades, infunde valor bastante en el débil corazón de una mujer, la cual forma el propósito de sacrificarse ó proporcionarnos agua, ejecutando una acción tan distinguida de valor que ingratitude negra sería dejar de consignar su nombre y su hazaña en este escrito. María de Jesús Ortiz, es su nombre; los soldados la distinguen con el apodo de la *Draga*.